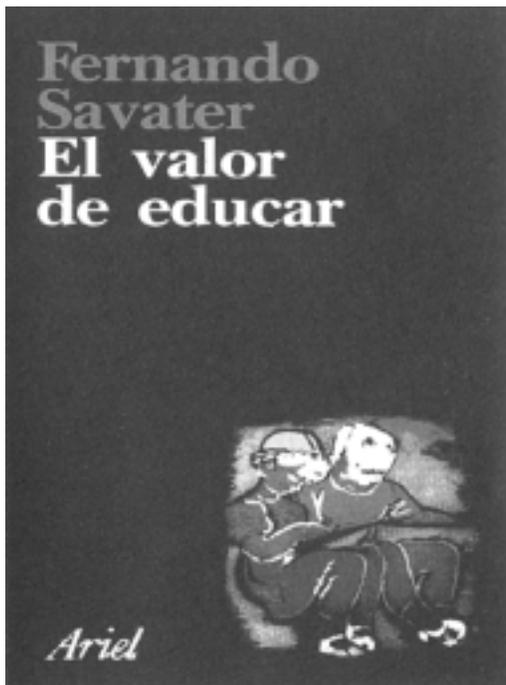


Reseñas documentales



EL VALOR DE EDUCAR

Massimo Desiato
Filósofo - UCAB

El valor de educar es el título del último libro de Fernando Savater publicado en marzo de 1997 por la editorial Ariel de Barcelona y que ya conoce su segunda edición. Como en el caso de *Ética para Amador*, se trata de un libro de divulgación filosófica muy ameno y de fácil lectura, pero que, no por ello, deja de convocar a una seria reflexión sobre un tópico tan importante como lo es hoy día la educación. Respecto de la polémica que suscita tal empresa en los ámbitos académicos, el propio Savater se encarga de rebatir a todos aquellos que consideran trivial cuanto se dice con sencillez con las siguientes palabras: “Aclaremos una vez más, en beneficio de catedráticos germanizantes y críticos literarios deconstruccionistas, la diferencia entre lo uno y lo otro: trivialidad es lo que le queda en la cabeza a un imbécil cuando oye algo dicho con sencillez”.

A través de esta “tarjeta de presentación”, Savater se hace cargo de uno de los lineamientos éticos establecidos por Adela Cortina en lo concerniente al discurso: la claridad. Si la filosofía quiere de veras contribuir en algo a generar cierto consenso sobre un buen número de cuestiones difíciles, urge crear una “cultura de la inteligibilidad”, pues, el hablante que no sabe hacerse entender es porque él mismo no se entiende y no tiene nada que decir, y el oyente que se deslumbra cuando no entiende es un acomplejado.

Ahora bien, esta claridad es empleada por Savater para señalar que la educación es un elemento constitutivo de la condición humana: mediante ella el hombre se encuentra en proceso de construcción. La educación trata de corregir lo que le falta al hombre para ser plenamente humano. Por ello, al final del libro, nuestro autor indica que “el sentido de la educación es conservar y transmitir el amor intelectual a lo humano”. Esto significa que la humanidad del hombre no es una condición natural, innata, sino un fin a lograr. Como se puede leer en las primeras líneas del capítulo inicial: “ser humano es también un deber”.

A cumplir este deber se encamina la educación, que partiendo de la constatación de que la ignorancia es una condición indeseable, se dispone a enseñar. Savater enfatiza que la transmisión de conocimientos no puede acontecer de manera impersonal.

En otras palabras, el verdadero maestro no es el mundo y las cosas en él contenidas, sino la vinculación intersubjetiva con otras conciencias dirigida no sólo a enseñar a pensar, “sino también en aprender a pensar sobre lo que se piensa”.

Después de analizar los contenidos de la enseñanza y el eclipse de la familia, Savater discute en el capítulo cuarto, en mi opinión central, el problema de la libertad en la educación. Contrariamente a lo que uno podría

esperar de un “irreverente” como él, el filósofo español se muestra incline a recuperar cierta forma de coacción dentro de la enseñanza. El maestro se presentaría frente a sus alumnos afirmando: “Caballeros, o ustedes o yo”. Y esto por la sencilla razón de que en la cultura del zapping que fragmenta y dispersa, la concentración sólo puede obtenerse imponiendo una sólida disciplina: “el neófito comienza a estudiar en cierta medida a la fuerza. ¿Por qué? Porque se le pide un esfuerzo y los niños no se esfuerzan voluntariamente más que en lo que les divierte. La recompensa que corona el aprendizaje es diferida y además el niño sólo las conoce de oídas, sin comprender muy bien de lo que se trata”.

Por esta razón, el maestro debe propiciar esa concentración, hacer que el joven “se siente”, es decir, permanezca concentrado en lo que hace durante un tiempo suficiente para que la curiosidad inicial, débil y transitoria, se fortalezca y asuma una dirección precisa.

Con eso, Savater no quiere oponerse al ideal de libertad y autonomía. Sólo afirma que la libertad y la autonomía son, paradójicamente, fruto de la disciplina. Nadie puede mandarse y obedecerse a sí mismo, si antes no es capaz de obedecer a otro. La autonomía, entendida como capacidad de gobernarse a sí mismo, implica la interiorización de la obediencia hacia otro. De allí que *El valor de educar* critique las posturas pedagógicas que colocan lo lúdico por encima de la disciplina. Lo malo del juego es que en él el niño no trasciende la inmediatez y el abandono. Contrariamente a ello, el estudio requiere un fin y un plan adecuado para ese fin. “Jugar es experimentar con el azar, la educación en cambio se orienta hacia un fin previsto .

“Precisamente lo primero que aprendemos en la escuela –continúa Savater– es que no se puede estar toda la vida jugando. A jugar y a las cosas que vienen jugando aprendemos solos o con ayuda de cualquier amiguete: a la escuela vamos para aprender aquello que no enseñan en los demás sitios (...) El propósito de la enseñanza escolar es preparar a los niños para la vida adulta, no confirmarles en los regocijos infantiles. Y los adultos no sólo juegan, sino que sobre todo se esfuerzan y trabajan. (...) La escuela es el lugar para aprender que no sólo jugando se demuestra el amor a la vida, sino también cumpliendo actividades socialmente necesarias y sobre todo desarrollando una vocación (...) (Pues) cada vocación es una forma de amar la vida y un arma para luchar contra el miserable miedo de vivir”.

De esta manera, la educación es aquel dispositivo mediante el cual llegamos a comprender que la cultura no se consume, al estilo de una distracción cualquiera, sino que está para ser asumida. Y la disciplina se vuelve indispensable porque, en un mundo de facilidad y derroche como el nuestro, los jóvenes no lo pueden entender por sí solos. De allí que se requiera también de la autoridad, que Savater interpreta etimológicamente como “augeo”, es decir, “hacer crecer”. Para ello, el profesor deberá ser capaz de despertar la vocación del alumno, de educarlo para que desee educarse más: debe, pues, seducir y fascinar pero sin hipnotizar.

Personalmente, considero que el texto de Savater es muy importante para volver a pensar el sistema educativo venezolano en un momento en el cual, manifiestamente, está colapsado. Creo que sería una lectura útil no sólo para todos los docentes, sino, sobre todo, para los padres y madres que se ven frente a la difícil tarea de educar. Porque como lo señala el propio autor en el prólogo, el valor de educar se refiere no sólo a la importancia de la educación, sino al coraje de educar.

Título: El valor de educar.

Autor: Fernando Savater.

Editorial: Ariel

Lugar y fecha de impresión: Colombia, marzo de 1998

Páginas: 222

Edición: sexta impresión.

ISBN: 84-344-1167-9